



por el amor a la más alta pobreza de la que hablaba san Francisco, su *altissima paupertas*. ¿Acaso en la entrada del monasterio, hace poco, no hemos tenido que inclinarnos para atravesar un estrecho pasaje entre dos grandes rocas? Ahora sabemos por qué. Ese pasaje indicaba cómo habitar en este entorno, su regla, dando prueba de la misma moderación con la que el convento fue construido y habitado hace cinco siglos. Luego, una vez en el interior del dormitorio, un guía nos explica que también las puertas de las celdas, tan minúsculas que hace falta inclinarse casi hasta el suelo para franquearlas, servían para enseñar la humildad, para recordar cada día su primer deber a los hermanos capuchinos.

Caminando por los senderos, bajo la bóveda que forman las copas de los árboles, el jardín de los capuchos se nos aparece como lo que es: una iglesia pobre y resplandeciente, un albergue que invita a quedarse. Como la Porciúncula, la minúscula capilla a algunos kilómetros de Asís, antes en medio de un bosque, que san Francisco restauró con sus manos luego de haberse despojado de su ropa de hijo de comerciante, y que durante mucho tiempo fue su morada. Fue allí donde se hizo llevar cuando sintió la muerte cerca, a esa primera casa que ya debía anunciarle la otra, desconocida y fuera del mundo.

Se entiende mejor la imprevista alegría, el éxtasis, que sentimos al entrar en el convento, la certeza irracional de estar en un lugar privilegiado, y por qué no quisiéramos abandonar este sitio.

Una vez afuera, reencontramos el mundo. Las carreteras no están lejos. Pronto veremos los rascacielos de las afueras de Lisboa, el puerto abierto sobre el Tajo, extendido hacia el Atlántico y hacia los continentes lejanos que los europeos soñaron durante siglos con conquistar, mientras los capuchinos vivían ocultos en el bosque de Sintra. Toco en mi bolsillo un guijarro recogido hace un rato en la gruta. Me pregunto qué pasaría si el lugar que acabamos de visitar se volviera un modelo para nosotros, para nuestra manera de vivir. Si nuestra época tuviera la humildad, pero también la audacia, tal vez la locura, de aprender de los capuchinos cómo habitar sobre esta tierra.

José Saramago: *Viaje a Portugal*
Madrid: Alfaguara, 1995, pp. 235-236

Marco Martella: "En la escuela de los capuchinos. Sintra"
Un pequeño mundo, un mundo perfecto. Barcelona: Elba, 2020, pp. 52-57

Vuelve el viajero al camino, y son tantas las vueltas que tiene que dar, tan constante la fuerza de la vegetación, tantas las impresiones que de todo recoge, que le parece que el viaje es mucho más largo de lo que en realidad es. Largo y feliz, raro caso es que las dos palabras puedan juntarse.

En ese juntar palabras recuerda cómo las juntó Felipe II cuando se alababa de que en su imperio no se ponía el sol, y de cómo se alabó de que en los reinos que gobernaba, Portugal incluido, estaban el más rico y el más pobre de los conventos del orbe: El Escorial y los Capuchinos de Sintra. Felipe II lo tenía, pues, todo: la mayor riqueza y la mayor pobreza, cosa que, naturalmente, le permitía escoger. Tienen los reyes el particular privilegio de que todo se les debe agradecer: la riqueza que a su estado convenía, y la pobreza que no se cuidaban de remediar en los otros. Para sosiego de su alma, podían ir sin desdoro o remordimiento a la pobreza, cuando la buscaban junto a los frailes. No sabe el viajero si alguna vez Felipe II subió a la sierra de Sintra para visitar a los franciscanos del más pobre convento y equilibrar así las residencias que hacía en el convento más rico. Pero don Sebastián, antes que él, venía muchas veces a este convento de los capuchinos a platicar con los frailes, que sin duda se llenarían de júbilo ante la visita de Su Alteza. En aquellas argollas, dice al viajero el guarda, ataba don Sebastián por las riendas al caballo, y a estas mesas se sentaba para merendar y refrescarse tras la gran subida. Se asombra uno al ver cómo un simple guarda sabe estas cosas magníficas y de ellas habla como si fuera testigo, y con tal convicción que el viajero mira las argollas y las mesas, y tanto espera oír relinchar al caballo como hablar al rey.

Eran tiempos serenos aún. No había razones para temer a Castilla. Felipe II se daba por satisfecho con El Escorial, no tenía ambiciones sobre este pobrísimo convento sólo de piedra hecho, cuyo único confort y defensa contra los grandes fríos de la sierra era el corcho con que generosamente lo revestían y que, renovado, hasta hoy se muestra. Quien aquí decidió venir para vivir y morir, realmente buscaba la humildad. Estas pequeñas puertas, en las que hasta un niño tiene que inclinarse para pasar, exigían radicales sujeciones de cuerpo y alma, y las celdas a donde dan forzarían a los miembros a reducirse. ¿Cuántos hombres se dejaron someter, o mejor, cuántos vinieron hasta aquí buscando la sumisión? En la Sala del Capítulo no caben más que media docena de personas, el refectorio parece de juguete, poco sobra del espacio que ocupa el tablero de la mesa. Y después está la constante mortificación de los bancos de rugoso corcho, si entonces no lo desbastaban. El viajero reflexiona un poco sobre esto de ser fraile. Para él, hombre tan de mundo, es misterio intrigante el que una persona salga de su casa, deje el trabajo y vaya a llamar a aquel portón: "Quiero entrar", y luego ya no se preocupe de nada, ni siquiera cuando el rey don Sebastián dejó de ir por allí y era otro el rey, a los capuchinos tanto les daba el uno como el otro. Creyéndose con el cielo asegurado, se diría que los ángeles no distinguen entre portugués y castellano, y trataban de mejorar su latín, que es, como todos sabemos, el lenguaje celestial. Esto murmura el viajero, pero, en el fondo, está impresionado: todo sacrificio lo conmueve, toda renuncia, todo acto de entrega. Aun siendo tan egoísta como éste, los capuchinos del convento de la Santa Cruz lo pagaban muy caro. Por este herético pensar, el viajero, probablemente, será expulsado del paraíso. Podría aún corregirse, meterse escondido en las frondas, pero llegaría la noche y no es él tan valeroso que se disponga a la gran confrontación con las tinieblas en estos peñascales de la sierra. Baje, pues, a la villa, que es bajar al mundo, y deje en la buena paz del olvido a las sombras de los frailes, que sólo pecaron por orgullo de creerse salvados.



Ecología: del griego *oikos*, 'morada', y *logos*, 'ciencia' (...).

Enciclopedia Universalis

humildad

Todavía hoy, el pequeño convento que ocho frailes capuchinos fundaron en 1560 en la sierra de Sintra, en Portugal, apenas puede verse en medio de un bosque que desciende hasta la costa atlántica. Hace mucho tiempo que el lugar no está habitado, pero siempre se halla rodeado de silencio, y protegido por la niebla que sube del océano. El mismo silencio, tal vez, que conocieron los monjes cuando descubrieron el sitio mientras exploraban la región en busca de un lugar para construir su monasterio.

Caminamos entre viejos alcornoques y edificios con muros color ocre, donde los helechos y las dedaleras se aprovechan del menor intersticio para crecer. Los espacios dedicados a la vida espiritual están por doquier: una gruta, algunos bancos de piedra a lo largo de los senderos, cruces recubiertas de musgo por todo el bosque, como estaciones de un vía crucis. Una particularidad del lugar nos conmueve de entrada: no existe discontinuidad, ninguna verdadera separación entre los espacios construidos por los monjes y el espacio natural, las edificaciones y el bosque, los lugares habitados —celdas, refectorio, capilla— y la naturaleza salvaje. La demarcación que tradicionalmente separa los espacios de los hombres de aquellos reservados al mundo silvestre aquí es lábil. Las construcciones franciscanas, todas de pequeño tamaño, están adosadas a las laderas rocosas de la montaña, se alzan en medio de robles y grandes rocas cubiertas de musgo, redondeadas por el tiempo, allí donde los monjes han encontrado algo de espacio disponible para edificar. Es esta proximidad de la naturaleza lo que hace del Convento dos Capuchos un jardín. Sin embargo, probablemente los hermanos no plantaron los árboles, y menos los parterres de flores. Ningún proyecto de orden estético los guio; el jardín, es decir, el bosque, ya estaba allí cuando ellos llegaron. Se limitaron a cultivar un pequeño huerto que les proporcionaba lo estrictamente necesario para vivir.

El interior de las edificaciones remite constantemente al exterior. Las paredes y los marcos de las puertas y ventanas están hechos con el corcho proveniente de la corteza de los alcornoques. La oscura y minúscula capilla, con muros recubiertos de azulejos que brillan en la penumbra, parece una gruta como la que acabamos de ver afuera, en medio de los árboles y las retamas en flor.

La espiritualidad del convento está orientada por completo hacia el cielo, pero también apegada a la tierra. El bosque circundante mantenía a distancia el clamor del mundo para abrirse hacia una realidad más vasta, que llamamos "celeste", pero era allí, entre los árboles y las rocas, donde arraigaba la comunidad de los hermanos, como la de los pájaros, insectos y flores. Los árboles no eran venerados como los de un bosque sagrado pagano, ciertamente, pero su origen, no obstante, era divino. Alrededor de las celdas de los monjes estaba el mundo del *Cántico de las criaturas*, el poema escrito por san Francisco de Asís («Loado seas, mi Señor, por la hermana nuestra la madre Tierra, la cual nos sustenta y gobierna...»), ese canto de alabanza a los seres vivos con los que los hombres comparten la Creación, el fuego, el sol, el agua, los animales. Ese mundo aún está ahí, en el convento deshabitado desde hace tiempo, y nos acoge como a dos visitantes que ahora caminan inseguros por los ásperos senderos, tratando de entender. Pensamos en las *Floreillas*, en las ingenuas leyendas aprendidas en la escuela, según las cuales el Santo Poverello, el pobrecillo, al avanzar por los caminos de Umbría y de Toscana, hablaba con las bestias salvajes como lo hacía con los hombres, y compartía su comida con sus compañeros, pero también con los pájaros.

Así como el convento de Sintra parece querer insertarse sin molestar en el bosque, la comunidad de los monjes ha buscado un lugar en el interior de la comunidad más grande de los seres vivos, entre los hermanos y hermanas del cántico franciscano. Entre todas las virtudes, era probablemente la humildad la que los guiaba mientras edificaban, trabajaban en el huerto y elevaban los ojos hacia el mundo que los acogía y donde sólo estaban de paso. Humildad exigente, a menudo severa hasta la mortificación, pero también jubilosa, inspirada por una entrega confiada a la vida,